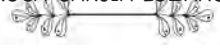




Ratón

el pájaro que no sabía
que volaba





Ratón Cantaor era súper feliz con su familia malagueña de ratones colorados. Todos juntitos vivían en un viejo arcón olvidado, sito en un precioso cortijo andaluz del siglo XVIII. Allí tenían absolutamente de todo: frondosa vegetación, todo tipo de insectos y muchos turistas a los que siempre se les caía algo de comida, por lo que la salida al exterior de la finca se hacía del todo innecesaria.

Ratón Cantaor era muy querido por todos, en especial por su madre, la Ratona Luisa, de la que no se separaba ni un minuto y a la que ayudaba en todo lo que podía.

Nuestro protagonista tenía además una bonita habilidad: cantaba. Sus bellos y melodiosos cantos eran constantes a lo largo del día, por lo que nuestra familia se acostaba y se levantaba siempre con una sonrisa.



Hasta aquí, todo podría parecer de lo más normal, si no fuese porque Ratón no era, en realidad, un ratoncillo de campo como sus padres y hermanos. Para ser exactos, era un precioso ruiseñor de vivos colores anaranjados y pico azul, a quien la Ratona Luisa encontró una fría noche de invierno cuando salió en busca de comida para su prole. Estaba inconsciente y malherido a los pies de una encina, y debía de contar pocos días de vida.

«¡Qué hermoso es!», pensó. Se le ha debido de caer a uno de los muchos turistas alemanes que nos visitaron hoy.

Instintivamente lo recogió, y lo llevó hasta su arcón madriguera para darle calor e intentar reanimarle.

Desde el minuto uno lo cuidó y alimentó como si fuese hijo suyo, y el clan, al completo, se volcó con él. Con sumo mimo consiguieron sacarle



adelante, y convertirle en uno más de tan singular familia.

Ratón Cantaor, así le bautizó su madre, se adaptó a las mil maravillas y se convirtió en el eje central de su casa.

Repartía su tiempo entre improvisar cánticos nuevos, capturar todo tipo de insectos con su afilado pico y recorrer a saltitos su bello cortijo, aleteando levemente con sus preciosas alas, para orgullo y satisfacción de su entregada mamá. Ésta no le quitaba los ojos de encima, pues sabía que llegaría el día en que jamás volviese a verle, y quería disfrutar al máximo de él. Solamente le impuso una prohibición a su nueva criatura:

—Nunca salgas fuera del cortijo, hijo mío; y menos solo. Ahí fuera pueden existir peligros que tú desconoces. No quiero que nadie te haga daño, Cantaor. Además, aquí dentro tenemos todo



lo que necesitamos y somos felices, ¿qué más podemos pedir?

Y así, de este modo, Ratón Cantaor creció pensando y actuando como si fuese un ratón colorado, sin imaginar siquiera que poseía el don de volar y que no pertenecía a la especie que con tanto amor le había adoptado.

Pasó el tiempo, y llegó el verano, y con él nuevas sensaciones; entre otras, la curiosidad.

Una mañana, mientras los demás dormían, algo sumamente hermoso llamó la atención de nuestro protagonista.

Se trataba de unos cánticos melodiosos y bellos procedentes del exterior. Eran estrofas sonoras y agudas que él interpretó, sin saber muy bien por qué, como un reclamo.



Tal era la atracción que sentía por aquel sonido indeterminado que, sin pensárselo dos veces, abandonó sigiloso su arcón madriguera y, a saltitos, corrió hasta el cercado que separaba su hacienda de un mundo, hasta ahora, desconocido para él.

Se quedó embelesado escuchando y, aun sabiendo que se saltaba las normas, trepó por la valla y desobedeció a mamá.

Lo primero que observó fue un gran bosque con muchos pinos. De uno de ellos procedía, precisamente, aquel precioso cantar.

Con gran cautela se acercó hasta él, y lo que oyó fue una sonora carcajada:

—Hola, ¿quién eres? ¿Por qué has venido hasta aquí saltando, en vez de volando? ¿Para qué quieres tus alas, pájaro de pico azul?

Aprende valores con Lú, Ratón y Colibrí

